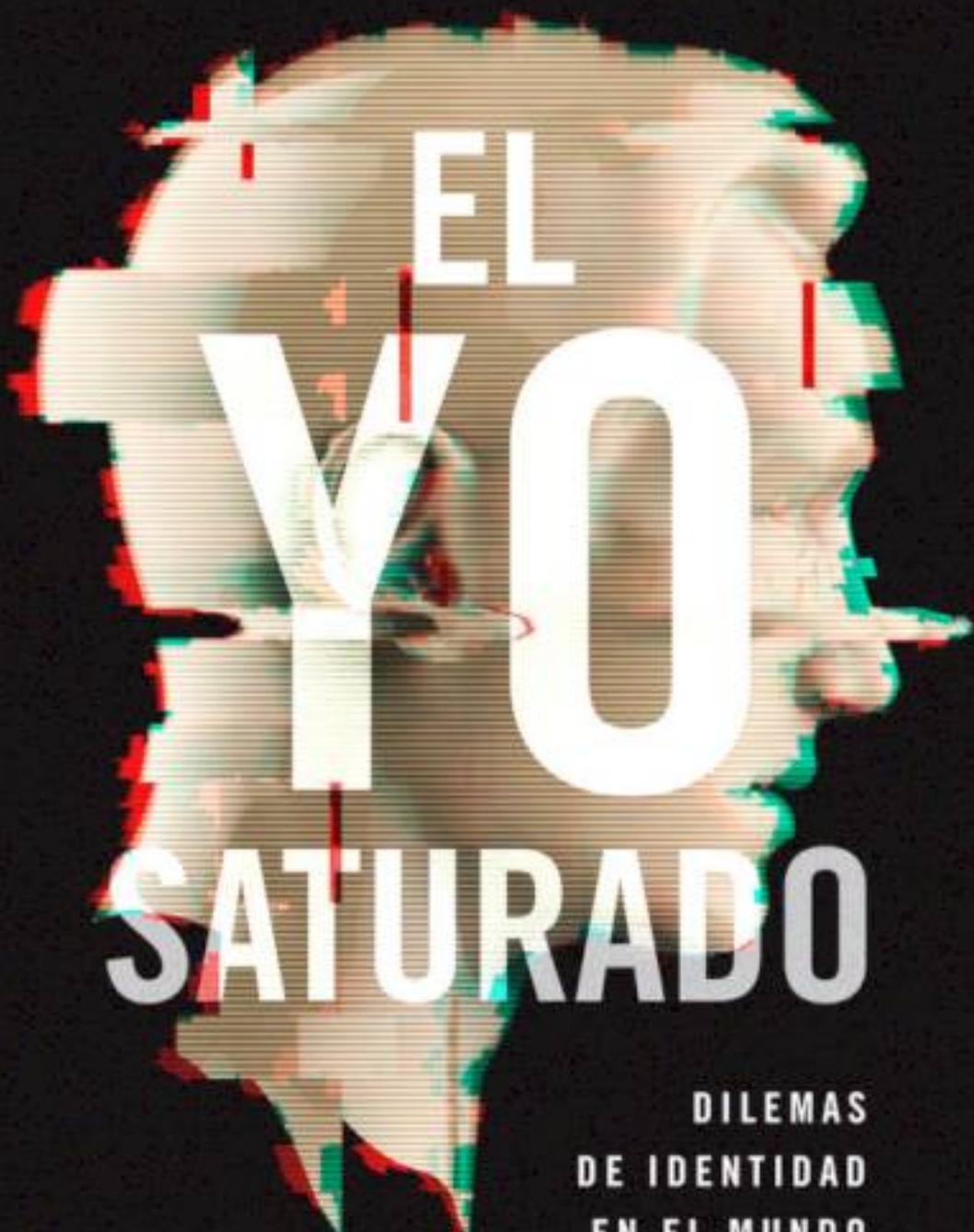


KENNETH J. GERGEN



EL
YO
SATURADO

DILEMAS
DE IDENTIDAD
EN EL MUNDO
CONTEMPORÁNEO

PAIDÓS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prefacio

1. El asedio del yo

2. De la visión romántica a la visión modernista del yo

3. La saturación social y la colonización del yo

4. La verdad atraviesa dificultades

5. El surgimiento de la cultura posmoderna

6. Del yo a la relación personal

7. Un collage de la vida posmoderna

8. Renovación del yo y autenticidad

9. Recapitulación y relatividad

Autorizaciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En esta obra, el autor explora los profundos cambios acaecidos en los últimos tiempos con respecto al individuo como tal, así como las implicaciones que de ello se han derivado para la vida intelectual y cultural. El yo saturado sondea los peligros y perspectivas que se le presentan a un mundo en el que el individuo nunca es lo que parece y la verdad radica, en cada instante, en la postura circunstancial del observador y en las relaciones entabladas en ese momento.

KENNETH J. GERGEN

EL YO SATURADO

*Dilemas de identidad
en el mundo contemporáneo*

PAIDÓS 
Barcelona • Buenos Aires • México

Dedico esta obra a

Mone Albareda • Barcelona
Judy y Larry Anastasi • Swarthmore
Patti y David Auerbach • Swarthmore
Ellen Barry y Mike Florio • San Francisco
Uschi y Peter Becker • Kirchheim-Bolanden
Fatima Cavalcante y Annibal Amorim • Río de Janeiro
Peter Burch • París
Pru Churchill y Larry Plummer • Rose Valley
Lynne y Merrell Clark • Scarsdale
John Clement • Wallingford
Deborah Curtiss • Filadelfia
Gregory Fullerton • Bloomington
Harry Galifianakis • Wilkesboro
Michael Gebhart • Chester
Stephanie Goddard • Atlanta
Donna y Don Gorton • Yardley
Jane y Alan Grove • Minneapolis
Justine Gudenas • Filadelfia
Barbara y Gus Kellogg • Wilton
Marie Colette Kerstens van Spaendonck • Poppel
Sally y Steve Lisle • Minneapolis
Erika y Joe Littera • Santa Bárbara
Hilde y Hans Luijten • Alphen
Brigitte, Ulrike y Gunter Mayer • Pforzheim
Renate y David Mitchell • Sídney
Nancy Nichols • Seattle
Margit Oswald • Viena
Bernie Reilly • Wallingford
Jan y John Reker • Winter Park
Zachary Sacks • Los Ángeles
Mary y Arthur Schneider • París
Nadine Servais • Toulon
Franca y Carlo Severati • Roma
Margret Skitarelic • Ardmore
Sally y Norman Smith • Swarthmore

Julia Welbon • Wallingford

Y a otros que me hicieron señas desde más allá de
la torre.

Prefacio

Cada vez que me formulan la pregunta, me tengo que detener a reflexionar. La pregunta es simple, y me la hacen mis vecinos, mis parientes y amigos, mis hijos y hasta algunos forasteros de paso por la ciudad: «¿En qué está usted (o en qué estás tú) trabajando en este momento?». Esperan, y con razón, que mi respuesta sea igualmente sencilla y clara. Sin embargo, invariablemente vacilo: ¿cómo podría extraer de mi jerga académica profesional alguna expresión llamativa, alguna idea que remueva las profundidades? ¿Cómo introducir en una conversación casual esos largos párrafos argumentativos que son los que inyectan adrenalina a una idea? ¿Y de qué manera podría transmitir mi entusiasmo a los mundos dispares del abogado, el peluquero del barrio, el médico cirujano, el delegado de ventas, el ingeniero, el artista, el fanático del rock?

Comencé a escribir este libro con la intención de tender un puente entre estos múltiples ámbitos. Tenía la esperanza de poder ofrecer un panorama de los debates académicos actuales a quienes están fuera de la torre. Hay buenos motivos para hacerlo: el mundo académico se encuentra hoy en un estado de enorme efervescencia, cuyos alcances son impredecibles. Se han puesto en tela de juicio prácticamente todos los supuestos que guiaron el raciocinio y la investigación a lo largo del último siglo. Muchos lectores ajenos a la comunidad académica conocen las disputas sobre los cánones de la literatura occidental en que esa comunidad está hoy sumida, y el uso creciente de términos como *deconstrucción*, *postestructuralismo* y *posmodernidad*. Pero éstos no son sino débiles indicadores de la

revisión radical a que han sido sometidas nuestras antiguas tradiciones sobre la verdad y el conocimiento. A medida que caen en el descrédito los supuestos acerca del saber objetivo, tiende a modificarse toda la estructura de la educación, la ciencia y el «origen del conocimiento» en general. Estas cuestiones son demasiado interesantes, y muy atractivas, como para quedar circunscritas a los muros de las universidades y del mundo académico.

Hay un aspecto de esta efervescencia que me interesa especialmente. Durante muchos años, uno de mis intereses fundamentales fue el concepto de «yo» [*self*], nuestra manera de comprender quiénes somos y para qué estamos en el mundo. Los supuestos acerca del yo parecen fundamentales para toda empresa que nos propongamos llevar a cabo. Entendemos que, en nuestra condición de seres humanos normales, poseemos la facultad de razonar y tenemos emociones, intenciones, conciencia moral; estos conceptos desempeñan un papel decisivo en nuestra manera de relacionarnos con los demás. ¿Qué sentido tendría el matrimonio si no nos sintiéramos capaces de experimentar amor por otro ser humano? ¿Qué finalidad perseguiría la educación si careciéramos de todo concepto sobre la razón o la memoria? ¿Cómo podríamos confiar en otras personas si no creyéramos en el poder de la conciencia moral?

Es evidente que la subversión general que se está produciendo dentro de los muros académicos tiene profundas implicaciones para cualquier concepción acerca del yo. Hoy están amenazadas todas las premisas tradicionales sobre la naturaleza de la identidad del ser humano. No se trata simplemente de que el curso actual de los acontecimientos haya alterado el énfasis puesto en la racionalidad, las emociones, etcétera, o haya añadido nuevos conceptos al dialecto vernáculo; más bien, corre el riesgo de ser erradicado el concepto mismo de verdad, de objetividad, de saber, y aun la idea de un ente individual, dotado de determinadas pro-

piedades mentales. Lo que esto significa para nuestra vida en común es a la vez inquietante y estimulante, y merece un examen amplio.

Sin embargo, cuando empecé a «hablar para los demás», mis trabajos comenzaron a cambiar de rumbo. A fin de salvar la brecha que se abre entre el mundo universitario o académico y el público en general, se requiere cierta sensibilidad respecto de las experiencias y condiciones de vida que son propias de este público. Al centrarme en el estado de cosas más general, me sorprendió advertir que este cataclismo contemporáneo del mundo académico guardaba un paralelismo con otros cambios no menos trascendentales en las formas actuales de conducirse y de relacionarse las personas, quienes cada vez más están padeciendo la «disolución del yo» a que se alude en los debates académicos y experimentando en carne propia las conmociones que genera este disloque, los dilemas de la identidad..., así como el fervor que provocan las nuevas perspectivas que se avizoran. Empecé a entender que lo que se necesitaba no era un monólogo propio, el de mi voz tratando de tornar inteligibles esos debates actuales para un público más vasto, sino un diálogo. Quienes estaban sumidos en la batahola de la vida cotidiana necesitaban tener voz, ya que la verbalización de sus experiencias enriquecería y cimentaría los debates académicos. Confío, pues, en haber podido ofrecer un terreno común para la investigación y el esclarecimiento mutuo.

Si este tumulto académico coincide con la transformación de nuestra experiencia cotidiana respecto de nosotros mismos y de los demás, se plantea otro interrogante: ¿a qué se debe esta coincidencia? Sin duda, el encarnizado debate que se libra en el terreno académico es un «indicador social» que señala las condiciones, más generales, de la vida social en su entorno, pero... ¿cuál es la explicación de este soliviantamiento simultáneo en ambas esferas? ¿Por qué aquí?, ¿por qué ahora? La reflexión que hice de mi pro-

pia vida y de la de los seres que me rodean, y los comentarios que he leído acerca de la historia social de los últimos tiempos, me sugirieron esta respuesta: el cambio tecnológico. Los logros tecnológicos a lo largo del siglo han producido una alteración radical en nuestra forma de revelarnos a los demás. Como consecuencia de los avances realizados en el campo de la radio, el teléfono, el transporte, la televisión, la transmisión vía satélite, los ordenadores, etcétera, estamos hoy sometidos a una tremenda andanada de estímulos sociales. Las comunidades pequeñas y estables, que tenían un molde conformado con otros valores, están siendo sustituidas por un conjunto amplio —y creciente— de relaciones humanas.

Confío en demostrar que este incremento brutal de los estímulos sociales —que se aproxima al estado de saturación— es lo que ha sentado las bases tanto de los enormes cambios en nuestra experiencia cotidiana de nosotros mismos y de los demás, como del desenfrenado relativismo que ha cundido en la esfera académica. Las creencias en lo verdadero y en lo bueno dependen de que haya un grupo, inspirador y homogéneo, de partidarios de dichas creencias que definan lisa y llanamente aquello que, según suponen, está «allí» sin lugar a dudas. La saturación social ha demolido estos círculos coherentes de consenso, y la exposición del individuo a otros múltiples puntos de vista ha puesto en tela de juicio todos los conceptos. Y esto es tan válido para los debates académicos sobre la verdad y la objetividad como para nuestra experiencia cotidiana del propio yo.

En este libro haré amplio uso del calificativo *posmoderno* para definir las condiciones actualmente imperantes tanto dentro como fuera de la esfera académica; no obstante, ese término, que tiene amplia difusión también en círculos literarios, arquitectónicos, artísticos, políticos y filosóficos, y que en los últimos tiempos incluso ha penetrado en la cultura popular, no me deja del todo satisfecho. En parte, ello se debe a que al autodefinirse como algo «pos-

terior» a otra cosa, pero sin especificar en qué consiste su esencia, lo posmoderno ha sido entendido de manera diversificada y voluble.

No obstante, en muchos de estos contextos parecería haber un cuerpo de ideas e imágenes coherentes en torno del uso de este término, y sería un error desentenderse de él sin examinar cabalmente su significación. De hecho, argumentaré que lo que suele caracterizarse como una situación *posmoderna* dentro de la cultura es en gran medida un producto colateral de las tecnologías de saturación social que han surgido en este siglo.

Tampoco me siento cómodo hablando de «períodos» o «fases» de la historia, o de las condiciones culturales en general. Es habitual hacerlo, pero bien puede rebatirse todo lo que se ha escrito acerca de los períodos, lugares o culturas, ya que todo lo «nuevo» encierra fuertes reminiscencias del pasado. En la literatura y el arte modernos, por ejemplo, no es difícil encontrar huellas del romanticismo o del medievalismo. Y a la inversa: en cada momento de estabilidad se disciernen vislumbres de lo nuevo o novedoso. Para el autor del *Eclesiastés*, «no hay nada nuevo bajo el sol», mientras que para un monje zen puede hallarse una novedad infinita en cada pétalo de cada flor. Por otra parte, siempre existen individuos o acontecimientos que no se amoldan a las pautas establecidas. De acuerdo con los actuales cánones interpretativos, da la impresión de que Vico, Nietzsche, Bajtin o los dadaístas estaban acaso fuera de lugar en su época; y para cada individuo que se amolda a las pautas de la época, pueden ofrecerse pruebas que contradicen esa fácil instalación. En toda personalidad hay temporadas en que falla la prudencia, así como todo disoluto tiene períodos de cautela.

Estas incongruencias en materia de períodos y de vida personal abogan contra la posibilidad de establecer «generalizaciones precisas» sobre el pasado o el presente. Por lo tanto, debería considerarse este libro como una especie de

lente, una manera de enfocar las cosas, más que un plano de situación sobre lo que pasa en el mundo. Su valor dependerá, entonces, de su coherencia, de la intelección que ofrezcan sus particulares yuxtaposiciones y forcejeos sobre el yo y la vida social, y del modo en que esto resuene en la imaginación de cada cual, o la instigue.

No me habría sido difícil triplicar el tamaño de este libro: más ejemplos, otras consideraciones y aplicaciones, nuevas aclaraciones, demandaban más espacio. (Una vez que la lente se ha enfocado como corresponde, el mundo entero parece aclararse y dilucidarse.) Sin embargo, una de las desafortunadas consecuencias de mi propia tesis es que la cantidad de personas dispuestas a leer una obra hasta el final es cada vez menor; extenderse demasiado habría sido equivalente a perder a esos mismos lectores de quienes se ocupa precisamente este volumen. Mi esperanza es que muchos lectores encuentren placer en dejar que la tesis se ramifique a lo largo de su propia experiencia, y en identificar pormenores personales que resulten pertinentes; para quienes deseen seguir con mayor detalle las diversas líneas argumentales, se suministran numerosas referencias bibliográficas en las notas.

Al estructurar el material para este libro, desempeñaron un papel central tres ideas. En primer término, pretendí elaborar cada capítulo de modo que fuese más o menos un ensayo autónomo, y al finalizar su lectura cada lector tuviera la sensación de haber abarcado algo coherente. Así, quienes se interesen por ciertos aspectos críticos de la vida personal y social de nuestra época podrían circunscribirse a determinados capítulos, en tanto que los lectores curiosos por conocer la efervescencia intelectual en las universidades o el trasfondo histórico de estas cuestiones podrían detenerse en otros.

Al mismo tiempo, cada capítulo debía mantener una relación sintónica con los demás; lo ideal era que la tesis principal de cada uno ganase en dimensión, inteligibilidad

e implicaciones al leerlo a la luz de lo que dicen los otros.

Por último, tenemos la historia de la totalidad: una lógica que se desplegaría de modo tal que los primeros capítulos echarían los cimientos de los que les siguen. Hay una tensión creciente en esta conjunción. Tengo la impresión de que para muchos lectores mi historia parecerá un viaje al infierno, ya que los sucesivos capítulos van atrayendo al abismo un aspecto tras otro de la sensibilidad occidental. Sin embargo, el lector atento discernirá asimismo un contenido subyacente más optimista, y por ende los argumentos finales podrán emerger por encima de ese abismo de desesperación. Mi visión final es la de un optimismo entusiasta, aunque precavido. Hay, por cierto, justificados momentos de lamentación. Como autor, no he abordado estos materiales con un solo estado de ánimo —tema central, justamente, del libro—. Confío en demostrar, pese a ello, que no hay muchas esperanzas de recuperar el pasado, y que nuestra mejor alternativa consiste en dar expresión a los aspectos positivos potenciales de esta eliminación posmoderna del yo.

Dedico este libro a amigos, compañeros y colaboradores míos desde hace tiempo que conforman gran parte de mi trabajo, aunque rara vez he reconocido su intervención en mi vida profesional. Gracias a la curiosidad que manifestaron por el tema he escrito esta obra. En muchos aspectos, hay un «texto sin autor». Mis argumentos crecieron en el terruño de largos debates e indagaciones, volúmenes que abarcan siglos e intercambios de muchos años con estudiantes y colegas. La autoría del libro debe hacerse extensiva a numerosos amigos y conocidos que compartieron conmigo diversas facetas de su estilo de vida posmoderno, en especial Diana Whitney, de Taos y Filadelfia, y Susan Huber, de la Comunidad Europea. Estas páginas tendrían menos vida propia sin ese contexto regenerador. Tengo tam-